

cristo nos hace gustar la suavidad de la operación por la cual produce en nosotros su gracia, y entonces no hay corazón tan duro, que no quede penetrado de los sentimientos más tiernos. Dejemos que este buen Maestro opere en nosotros según su entender, y abandonémonos á su divino Corazón.

### MEDITACIÓN LXXXIX

*Martes de la octava del Santísimo Sacramento.  
Disposiciones necesarias para la Mesa Eucarística.*

Prescindiendo de la fe viva, de la humildad, y sobre todo, de la pureza de corazón la más perfecta posible, que son las disposiciones generales y necesarias para la Sagrada Comunión; hay otras dos muy excelentes cuya expresión encontramos en las palabras de la Esposa en el Libro de los Cantares: *Sub umbra illius quem desideraveram sedi, et fructus ejus dulcis gutturi meo* (1). Las especies sacramentales que nos esconden los resplandores de Jesucristo en este misterio son como la sombra de este árbol de la vida cuyo fruto es tan dulce. *Desear* unirnos al Salvador, el cual por su parte desea ardentemente unirse á nosotros: establecernos, ó como dice el texto, *sentarnos* en el recogimiento y en la calma, cuando estamos á punto de contratar con El esta unión, ó acabamos de establecerlas: hé ahí dos disposiciones muy eficaces para alimentarnos, con utilidad y con placer, del Pan de los ángeles.

I. Desear vivamente la Comunión.

II. Recogerse profundamente en el momento de comulgar.

(1) Cant., II, 3.

### PUNTO I

*Ardiente deseo de comulgar*

¿Es muy importante este deseo? ¿Cómo excitarlo en nosotros? A la manera que el hambre corporal indica, por vía ordinaria, que el cuerpo está bueno y que los alimentos le aprovecharán; así el deseo de recibir la Santísima Eucaristía es una excelente preparación para aprovechar en gran manera de ese alimento espiritual. El hombre que hace profesión de vida interior, dice San Agustín, debe tener hambre de ese Pan Celestial, para poderlo comer santamente (1). Es lo que expresa muy bien San Jerónimo comentando aquel versículo del Salmo 80: *Dilata os tuum, et implebo illud*. Dice este santo padre: «¿Queréis recibir el manjar de Dios y alimentaros de Dios mismo? Oid lo que os dice: abrid vuestra boca, y Yo la llenaré.... Abrid la boca de vuestro corazón, y recibiréis en proporción de cuanto la abráis. La medida de las gracias que se os darán, no depende de Mí, sino de vosotros: *Non est in mea potestate, sed in tua est; si volueris, me totum accipies*.» Medita, alma mía, sobre esas palabras: si tú deseas á Jesucristo, si le deseas ardentemente y con todo el ardor de que eres capaz, le recibirás todo entero juntamente con todos los bienes que quiere dispensar.

*Igitur accedat nemo cum nausea, nemo resolutus, omnes accensi, omnes ferventes et excitati... Ne torpeamus tanta digni charitate et honore putati. Nonne videtis quanta promptitudine parvuli papillas capiunt, et quanto impetu labia uberibus infigunt? Accedimus cum tanta nos quoque alacritate ad hanc mensam, et ad ubera poculi spiritalis: quinimo cum longe majori trahamus, tamquam infantes, lactentes, spiritus gratiam, et unus sit nobis dolor hac esca privari* (2). Nunca es-

(1) *Panis iste famem hominis interioris requirit.* (Trac. XXVI in Joan.)

(2) S. Joan Chrys. *ad pop. Antioch.*

tamos mejor dispuestos para recibir las gracias de este sacramento como cuando podemos decir al Salvador: «Mi alma os ha deseado toda la noche; yo me despertaré al rayar el alba, para buscaros con todo mi espíritu y con todo mi corazón» (1). Los primeros cristianos llamaban á la Eucaristía *desiderata*; porque ella era el centro de todos sus deseos.

Dos cosas contribuyen principalmente á excitar en nosotros el deseo de la Comunión; á saber: la reflexión y la mortificación. El deseo es un movimiento del alma, por el cual, conociendo ésta el valor de un bien que no posee, aspira á poseerlo. Por tanto es necesario reflexionar sobre los frutos maravillosos del sacramento de nuestros altares. Una alma que ama la santificación y que conoce la virtud de la Eucaristía tanto en orden á destruir el pecado hasta su raíz, como para elevar á la más sublime perfección, arde naturalmente en deseos de acercarse á ella.

Pero á la oración hace falta añadir el ayuno; es decir, la mortificación de los sentidos: ésta ha de ir unida á la meditación de los bienes infinitos que nos procura la ferviente Comunión. La fruición de los placeres terrenales disminuye las fuerzas del alma, y la hace menos apta para desear los favores del Cielo. Los placeres sobrenaturales poco atractivo tienen para un corazón enteramente ocupado en satisfacciones tan sólo humanas: pero si se le priva de estos goces materiales, como le es imposible vivir sin placeres, entonces él se lanza á buscar los celestes; entonces corre con todas sus fuerzas por el camino que se le abre al enseñarle la dulzura del banquete eucarístico. Los Hebreos debían ceñirse la cintura para comer el cordero pascual; debían mezclar á ese alimento lechugas silvestres y amargas: esto se hizo para enseñarnos, con esos símbolos de mortificación, cuán ventajoso es prepararnos á la Comunión mediante el ejercicio de la penitencia. Dios no promete

(1) *Anima mea desideravit te in nocte, sed et spiritu meo in precordiis meis de mane vigilabo ad te.* (Is., XXVI, 9.)

el maná y su dulzura, más que al vencedor de sí mismo, al hombre que sabe reprimir sus pasiones: *Vincenti dabo manna absconditum* (1). La Eucaristía es manantial de inefables delicias: pero ¿para quién? Para los que reinan sobre sí mismos; y no ya para los esclavos de sus inclinaciones sensuales: *Præbebit delicias regibus* (2).

## PUNTO II

### Recogerse en profunda calma

Si hay algún tiempo en que el alma deba poner atención á lo que hace, es ciertamente cuando se trata de cumplir un acto tan divino. ¿No es cosa deplorable que, aun en esos momentos, nuestro espíritu necesite hacer un esfuerzo para estar atento á sí mismo? Entre las comuniones que se hacen en estado de gracia y con disposiciones, absolutamente hablando, suficientes, Santo Tomás distingue dos clases: es decir, comunión *habitualmente* espiritual; y comunión *actualmente* espiritual. En la primera se toma el Pan eucarístico con el simple hábito de la fe, de la caridad, etc., porque se está distraído: en la otra, se ejercen los actos de dichas virtudes porque se está enteramente aplicado y atento á la gran acción que se cumple. La primera basta para aumentar la gracia santificante, porque se supone que nunca se consiente á tales distracciones: pero en la segunda tiene lugar la verdadera refección espiritual; y, como se expresa el Santo Doctor, se gusta la dulzura del Sacramento y se obtienen todos sus frutos. Jesucristo nos mandó comulgar en el primero de estos dos modos cuando dijo: «Tomad y comed; este es mi cuerpo.» y parece recomendarnos el segundo modo al decir: «Haced esto en mi memoria;» puesto que esto equivale á decirnos: pensad en Mí, creed; esperad en Mí,

(1) Apoc., II, 17.

(2) Gen., XLIX, 20.

amadme. Este postrer modo de recibir la Comunión, es decir con atención respetuosa, y haciendo todos aquellos actos interiores que la bondad y grandeza del Hijo de Dios nos debe inspirar, es el único modo de comulgar, verdaderamente digno de El y de nosotros. De esto nos hablan los doctores de la Iglesia cuando nos exortan á que adoremos á Jesucristo que se da todo á nosotros, cuando nos dicen que nos humillemos en su presencia, que nos entregamos con El, que le pidamos todas las gracias necesarias, porque en esto consiste esta manducación espiritual que siempre debe ir unida á la manducación sacramental. «Cuando el Salvador entra en una alma bien dispuesta, dice San Juan Crisóstomo, derrama en ella los rayos de su luz y la llena de su santa unción. La solicita á que le ame, que le abraze, que se complazca en El; y por la fiel correspondencia á la gracia el alma se une á El de espíritu y de corazón, y progresa rápidamente en la virtud.»

Pongamos el mayor cuidado para apartarnos, en tan dulces momentos, de todas las cosas del mundo, y estar únicamente con Jesucristo. Imitemos á Abraham que para ofrecer el sacrificio, dejó todo su séquito al pie de la montaña; imitemos á Moisés, que subió él solo al Sinaí, mandando á todo el pueblo que le esperase abajo: *Ingemisce et dole quod adhuc ita carnalis sis...., tam immortificatus a passionibus...., tam cito distractus, tam raro tibi plene collectus* (1).

#### RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Ardiente deseo de comulgar: nada hay que tanto nos disponga á comulgar santamente.*—¿Queréis, dice San Jerónimo, comer con fruto el Cuerpo del Señor? Escuchad lo que Él mismo os dice: «abrid vuestra boca, y yo la llenaré.» Abrid la boca de vuestro corazón; cuanto más la abráis, más recibiréis. La medida de las gracias que Dios nos da es, por vía ordinaria, nuestro deseo. *Esurientes implevit bonis.* Dos cosas

(1) Imit., l. IV, c. VII.

hay que excitan en nosotros estos santos deseos: la reflexión, que nos ilumina sobre el valor inestimable de una buena comunión, y la mortificación: el goce de los placeres terrenales inhabilita el alma para gozar de los placeres celestes. Para saborear este maná escondido, es necesario ser vencedor de sí mismo.

PUNTO SEGUNDO.—*Recogimiento y calma profunda, en los momentos que preceden y siguen á la Comunión.*—Es especialmente en esos momentos que una alma debe estar sobre sí misma, y prestar atención á lo que ella hace. Dejemos que la fe hable en nosotros: adoraremos á Jesucristo que se da todo á nosotros; nos humillaremos en su presencia, le hablaremos de nuestras miserias, le pediremos las gracias que necesitamos, y no pondremos límites á nuestra confianza... porque en esto consiste la manducación espiritual que debemos unir á la manducación sacramental.

#### MEDITACIÓN XC

MIÉRCOLES DE LA OCTAVA

*Visitas al Santísimo Sacramento*

I. El buen Sacerdote es constante en visitar á Jesucristo en su Santuario.

II. Cómo emplea el precioso tiempo de estas visitas.

#### PUNTO I

El buen Sacerdote desea ardientemente visitar á Nuestro Señor en el santuario

¿Qué ocupación podría parecerle más razonable, más suave ó útil? 1.º Una reflexión muy sencilla persuade la conveniencia de nuestro empeño en visitar á Jesucristo en el Sacramento de su amor. Supongo yo que un monarca, sólo para honrarme, protegerme y mostrar el afecto que tiene por mí, viene á establecer su morada en el lugar en que habito, á fin de que pueda presentarme ante El y recurrir á su bondad con tanta frecuencia como yo

quiera, ¿me mostraría insensible á esa benevolencia? ¿A nada me obligaría ella? ¿Cómo debería ser juzgada mi conducta respecto de El, si yo descuidase el ir á verle y aprovecharme de tan generosa abnegación? Lo que no hizo jamás rey alguno por el súbdito más querido, lo ha hecho Jesucristo por nosotros. ¿Qué se propuso al fijar su residencia en medio de los hombres? Si hubiese querido únicamente servirles de víctima inmoldándose por ellos, y entregárseles como alimento, le habría bastado el presentarse bajo las sagradas especies en el momento del sacrificio y de la comunión. Ha querido, al quedarse constantemente junto á nosotros, hallarse siempre á nuestro alcance y prestarnos á cada instante los buenos oficios de la más tierna y de la más conmovedora amistad... ¡Y le dejaremos nosotros abandonado en nuestras iglesias! ¡Y aun sus ministros no irán con frecuencia á ofrecerle sus homenajes y recoger sus beneficios! Asombrémonos de la conducta de los judíos, que ni le conocieron, ni le amaron, con todo de haber pasado sembrando el bien en medio de ellos y multiplicando los milagros; pero confesemos que la indiferencia de parte nuestra manifiesta una ceguedad no menos ofensiva para su adorable Corazón. ¡Oh Sacerdote, id á visitarle, en vuestro nombre y en nombre de las almas que El mismo os ha confiado! ¿Hay acaso una ocupación más justa y conveniente para vos? ¿Existe alguna que pueda seros más agradable?

2.º ¿Quién es el buen hijo que no guste de ir junto á su padre y no se alegre de estar con él? ¿No es por ventura la mayor alegría de un amigo el conversar con un amigo fiel? ¡Ah! ¿Cómo debemos felicitarlos de tener á nuestro Salvador tan cerca de nosotros en el lugar de nuestro destierro de poder confiarle nuestras penas y verter nuestras lágrimas en su seno!... Refiere la Escritura, como insigne favor concedido á José, que la sabiduría bajó con él á su prisión, y que no le abandonó en sus cadenas(1). ¿Pero

(1) *Descendit cum illo in foveam, et in vinculis non dereliquit illum.* (Sap. X, 13).

no es un favor incomparablemente mayor, que el Verbo, hecho Hombre, la sabiduría encarnada esté con nosotros en la prisión de esta vida amarga, y que allí se quede todo el tiempo que dure nuestro cautiverio? El Sacerdote bueno no busca en otra parte sus consuelos; una visita al Santísimo Sacramento le restablece de sus fatigas, disipa sus hastíos y reanima sus esperanzas. ¡Oh! cuántas veces ha entrado en su iglesia con el corazón lleno de amargura y ha salido de ella inundado de alegría y fortaleza? David ¿expresó mi habitual disposición cuando dijo: *Quam dilecta tabernacula tua, Domine virtutum! Concupiscit et deficit anima mea in atria Domini?* (1).

3.º Pero hay que añadir el motivo de un interés inmenso al atractivo y á la conveniencia. Guiado por la fe, nunca se llega á visitar al Santísimo Sacramento en su tabernáculo, sin recibir de El alguna preciosa bendición. «No está El de día y de noche en nuestros santuarios para no decirnos ni darnos nada» (2). Allí están sus tesoros siempre abiertos para enriquecer á los que vienen á mostrarle sus miserias.... ¿Acaso Jesucristo no es en la Eucaristía lo que era durante su vida mortal, el amigo de los pecadores, el consolador de los afligidos, el Salvador de las almas? Aún opera allí los prodigios de poder y de bondad que hacía en la Judea, curando á los enfermos, alumbrando á los ciegos, resuscitando á los muertos.... Se complace en que sus ministros vayan á disponer con El las empresas de su celo, á pedirle consejo y á tomar de su corazón el fuego sagrado que deben encender en el de sus hermanos.

Ha sido notable esta devoción en todos los Sacerdotes de quienes se sirvió Dios para las grandes obras de su misericordia; baste recordar á San Vicente Ferrer, á San Antonio de Padua, á San Francisco Javier, á San Vicente de Paúl, á M. Olier y á tantos otros. El Apóstol de las Indias pasaba con frecuencia noches enteras delante de la Divina Eu-

(1) Ps. LXXXIII.

(2) P., Berthier., Réfl. t. II, p. 256.

caristía. San Vicente de Paúl no dejó jamás de saludar al Santísimo Sacramento cuantas veces salía, y de ir á darle cuenta á Jesucristo de lo que había hecho por su gloria, á su regreso. Decía M. Olier: «Un Sacerdote que sea constante en honrar al Salvador en este misterio y en rogarle por los pecadores, tarde ó temprano alcanzará la conversión de ellos. Es del todo imposible que, permaneciendo así delante del Santo de los santos y orándole, no participe de los sentimientos, del fervor y de la eficacia de Nuestro Señor, para mover, ilustrar y convertir á los pueblos..... Yo agonizo de dolor viendo que Jesucristo no es honrado en el Santísimo Sacramento ni por los Sacerdotes ni por los pueblos.»

En el siglo quinto, algunos piadosos cenobitas se dedicaron á formar una guardia de honor perpetua al Divino Rey. Divididos en varias tribus, como en otro tiempo los hijos de Israel, cantaban en el templo del Señor una salmodia que no se interrumpía jamás. Bendigamos á la Providencia porque ha suscitado en nuestros días comunidades religiosas cuya vocación es también el rendir continuos homenajes al Dios de nuestros santuarios. Hay más: este celo no se encuentra encerrado sólo en los claustros; hay seculares fervorosos que dan hermosísimos ejemplos: en muchas de nuestras ciudades se les ve adorar al Santísimo Sacramento á toda hora, tanto de día como de noche..... Sin embargo de tan loable emulación, ¡cuántos motivos tenemos aún para gemir, por el olvido casi universal en que se deja, á tan admirable y conmovedor misterio! Reconozcámoslo: «Hay millares de asociados en la obra de la Adoración Perpetua, y millones de corazones insensibles á la presencia del Hijo de Dios que vive en medio de nosotros (1).»

(1) P. Berthier, Refl., T. II.—Consignemos aquí dos observaciones del P. Saint Jure. 1.º No es siempre en el momento de la visita, ni inmediatamente después cuando cosechamos sus frutos, sino más tarde; cuando p. ej. superáis una tentación, cuando practicáis una obra buena; la gracia que necesitabais para alcanzar esa victoria y hacer aquel bien, os

## PUNTO II

### Lo que hace el buen Sacerdote en sus visitas al Santísimo Sacramento

Dice San Agustín que su madre iba diariamente dos veces á la iglesia para oír allí los discursos del Señor; y para que el Señor oyese sus peticiones. Escuchar á Jesucristo y hablarle; hé ahí lo que hará que sean nuestras visitas consoladoras al par que saludables.

1.º No escuchamos bastante á Nuestro Señor, sobre todo cuando le recibimos en la Comunión y cuando vamos á visitarle. Convendría, después de penetrarnos del sentimiento de su presencia por un acto de fe, quedarnos en profundo silencio. Silencio de admiración: ¿En dónde estoy yo? ¿en dónde estáis Vos, oh Dios mío? ¿Quién sois Vos y quién soy yo? Silencio de atención: *Audiam quid loquatur in me Dominus Deus* (1). Oigamos lo que El nos inspira, lo que espera de nosotros, lo que nos reprocha y lo que aprueba en nuestra conducta... Habla ordinariamente de una manera más luminosa después de la Comunión; pero habla también á las almas interiores en las visitas que le hacen; y tenemos una muestra casi infalible de su palabra, cuando nos comunica el gusto de su amor, el deseo de sufrir y de

será dada como resultado de esta visita. Hay que decir lo mismo de la Sagrada Comunión. 2.º Aun cuando al encontraros delante del Santísimo Sacramento no hicieseis ningún acto interior á causa de vuestra aridez, aunque sólo hicieseis el acto de presentaros á Jesucristo llevándole vuestro cuerpo con toda la buena voluntad de que sois capaz, esto basta ya para que no creáis perder vuestro tiempo, toda vez que esta será siempre una protesta actual de vuestra fe, un signo de vuestro respeto y prenda de vuestro amor; porque si no creyeráis en la presencia real, si no tuvieseis intención de honrar al Salvador, si no le amaseis, es indudable que no vendríaís á ponerlos á sus pies, ya que no queda otro motivo para que lo hagáis.

(1) Ps. LXXXIV, 9.

trabajar mucho por El. ¡Oh Jesús! ¿qué cosas no habéis dicho á todos los santos predicadores de vuestra ley, á todos vuestros ministros fieles, cuando se han presentado á los pies de vuestro altar? Cuando estamos en la soledad del Santuario, os complacéis en hacernos oír esta palabra que penetra y que resuena en el fondo del corazón: *Ducam eam in solitudinem, et loquar ad cor ejus* (1).

2.º Pero si quiere el Salvador que se le escuche, quiere también que se le hable. ¿Acaso no tenemos homenajes que tributarle ó súplicas que hacerle? Honremos su infinita grandeza reconociendo delante de El nuestra nada; su dominio soberano, ofreciéndole todo lo que hemos recibido de El; su santidad, avergonzándonos de nuestras manchas; su poder y su bondad, por la confianza que anima nuestras oraciones. Tenemos libros que contienen las fórmulas de coloquios con Jesucristo presente en este misterio; pero cuando nos domina el espíritu de fe, los sentimientos se multiplican sin arte y sin estudio, las aspiraciones brotan del corazón como las chispas de la hoguera: *Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum* (2); y entonces ¿qué cosa hay que no se pueda pedir á Jesucristo, para uno mismo, para sus hermanos, para la Iglesia?.... ¡Con cuánta sencillez se le descubre sus miserias, se le expone sus penas, se le consulta en sus dificultades y dudas! «Jesús enseña en la Eucaristía sin el aparato y el sonido de palabras, procede con aquel que le escucha como el amigo que conversa con su amigo! Avivemos nuestra fe; presentémonos con frecuencia ante el tabernáculo de la nueva Alianza, y probaremos muy pronto que este ejercicio no sólo es uno de los más santos, sino uno de los más dulces, de los más consoladores é interesantes de la religión» (3).

(1) Os., II, 14.

(2) Ps. LXXXIII, 2.

(3) Berthier, t. V, p. 271.

## RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*El buen Sacerdote es constante en visitar al Santísimo Sacramento.*—No hay ocupación más razonable, más útil y suave. Comparación de un monarca, que para darme pruebas de su amor, llega á fijar su morada junto á mí. Si el Salvador sólo se hubiese propuesto el sacrificio y la comunión, habría bastado que estuviera presente bajo las santas especies en el momento de cumplirse estos grandes actos; ¡pero El quiere algo más! ¿Y le dejamos en abandono? ¿Quién es el buen hijo que no guste de estar junto á su padre? Busquemos allí nuestros consuelos. ¡Oh Señor Dios de los ejércitos, cuán amable es vuestra morada! Allá nos reclaman igualmente nuestros intereses; podemos sacar inapreciables frutos de una sola de nuestras visitas.

PUNTO SEGUNDO.—*¿Qué hace el buen Sacerdote en sus visitas al Santísimo Sacramento?*—Adora, escucha y habla. Permanece en profunda calma, y presta luego el oído de su corazón á las inspiraciones de su adorable huésped. ¡Oh Jesús! ¿qué cosas no decís todos los días á las almas que se recogen silenciosas al pie de vuestro altar? Pero el Salvador quiere también que se le hable; ¿no tenemos, pues, ni homenajes que tributarle, ni peticiones que hacerle? Hagámosle presentes nuestras penas, consultémosle en nuestras dificultades y dudas. Siempre hicieron esto los Sacerdotes santos. Recuérdese, si no, á un San Vicente Ferrer, San Francisco de Borja, San Francisco Javier, San Antonio de Padua, San Vicente de Paúl, M. Olier.....

## MEDITACIÓN XCI

*Aplicaciones de los sentidos al misterio de la Eucaristía* (1).

PRIMER PRELUDIO.—Si no hago este ejercicio en un santuario en que Jesucristo reside, me trasladaré con el pensamiento á la presencia del Santísimo Sa-

(1) Este ejercicio, cuyo método hemos expuesto al principio del primer volumen, Introd., pág. XXV puede ser prac-